

EL PATRÓN DE LOS TEMBLORES

La Opinión Por P. Miguel Selga S. J.

27 Diciembre 1951

Es el 26 de Enero. El aire tira a fresco. El día amanece claro y despejado. Voltean las campanas de la catedral de Manila, anunciando misa solemne y procesión general. Un alférez joven recién llegado de extremadura y residente en Intramuros acude a un clérigo anciano de la calle Palacio para averiguar la razón de tanta solemnidad y alborozo.

Con la sonrisa en los labios, fuego en los ojos y espanto en el semblante, el clérigo encanecido en Filipinas comenzó así su relato.

"Fue al punto de media noche del año mil y seiscientos. Yo mismo lo sentí y fue tan furioso, cruel y bárbaro el terremoto de aquella noche que me parecía se arruinaba el mundo. A mí me despertó luego el ruido de las al-dabas de puertas y ventanas, pero suponiendo que sería como otros muchos que día y noche había antes experimentado, no me meneaba, pero cuando presto sentí unos recios vaivenes que daba la casa, de modo que parecía caer-se, salté de la cama, y me puse en el hueco de la puerta, donde aunque a penas me tuve por seguro pasé todo el tiempo que duró, con suma admiración de ver ar-far el cuarto, de largo a largo, como suele una nao en el mar, cuando se alza y se hunde de proa a popa y esto con vaivenes tan apresurados, como una lanza, cuando se levanta ni decir otra cosa que cuando se blande, sin darme lugar al poderoso Dios! todos, clérigos y seglares, cuantos escapamos de la muerte en aquella fatídica noche, convenimos en que, no habiendo remedio humano contra los temblores, debíamos escoger entre los santos del cielo un patrono que nos amparase y protegiese en tales calamidades. Concertóse con el cabildo, así de la ciudad, como de la catedral, sobre el día, lugar y forma de la elección. Fue un día del mes de abril de mil seiscientos y uno, en la iglesia mayor; yo me hallé presente. Después de una solemne procesión, en la que tomaron parte casi todos los vecinos de Manila, antes de la misa solemne, el preste sacó de la urna, donde estaban varios papelillos de los nombres de los santos uno que, leído en alta voz, decía: "San Policapo martir y obispo de Esmirna, a veinte y seis de Enero."

Conforme a esta elección y voto jurado, esta ciudad celebra con misa solemne y procesión la fiesta de San Policapo, como intercesor nuestro contra terremotos. Esta es, amigo mío, dijo el viejo, la razón del volteo de campanas de catedral y de la preparación de fiesta que V. ha notado. Sigame V., amigo mío, añadió, el anciano cobrando aliento con el repique de las campanas, y verá V. La imagen de bulto de S. Policapo en un hermoso retablo de la capilla que nosotros los jesuitas le dedicamos en nuestra iglesia. Repare V., señor Alférez, en aquel dístico de letras de oro. Bien lo veo, replicó el alférez, pero con tanto audar por el mundo he olvidado los latines que aprendí en mi tierra. Me hago cargo, contestó el anciano: lo raro sería que con el transcurso de los años no perdieran el lustre los conocimientos que V. adquirió en la mocedad. Con nosotros vivía prosiguió el viejo, un padre italiano, Angel Armano, buen latinista y religioso de mucha devoción. En estas dos líneas compendió él los deseos y suplicas de esta ciudad. Alme senex Polycarpe, novus tutare clientes, sistat et auxilio terra quieta tuo. Traducido al romance este dístico dice.

Venerable anciano Policarpo prolege a tus nuevos clientes, y por tu patrocinio deje de estremecerse la tierra. Todos los años concluyó el anciano, celebramos esta fiesta dos veces: en la catedral el mismo día de San Policarpo y en la Iglesia de la Compañía el domingo siguiente dando a venerar la reliquia que poseemos entre las que nos vinieron de Roma. Con que, señor Alférez, queda, V. invitado para el domingo que viene. A fe mía, que no me de faltar, fue la respuesta final del oficial.

cuando se blande, sin darme lugar a sentir